



Crónica Literaria

Por ALONE

Tres Conferencias de Sergio Fernández Larrain.

Si, como dijo el pensador inglés, en una frase muy repetida "los vicios son virtudes que se han vuelto locas", también se podría afirmar que, por la inversa, hay vicios que llegan a convertirse en virtudes.

Cuestión de grado, circunstancias y temperamento.

Un ejemplo: los coleccionistas, raza muy particular, que admite numerosas subdivisiones.

Las más conocidas e ilustres, paradigma del género, son las que coleccionan sellos. Entre ellos se cuentan varios reyes y locos sustentan una organización internacional con nodos poderosos, centros de influencia, archivos, museos y revistas que circulan a través del planeta. Pero ese vicio llega a tanto que casi ha dejado de ser un vicio para convertirse en negocio, en una fructífera colocación de capitales, incluso acentuada de especulación y que los Gobiernos aprovechan. Estadísticas prudentes calculan su rendimiento en un diez por ciento. Una presa muy tentadora para los impuestos fiscales.

Existen felicitemente otros a quienes tal sospecha no alcanza y cuya afición permanece intangible. Son, en la mejor acepción del término, fanáticos. La idea del dinero les produce horror. No se les puede hablar de ella. Indigentes a potentadas, han puesto en la empresa su pasión y ya no se consideran estrictamente propietarios sino tenedores, conservadores, depositarios de un tesoro a que otros tienen mayor derecho que ellos mismos.

Son las colecciones de documentos históricos, de cartas, de manuscritos, de autógrafos y originales de papeles venerables sobre los cuales, a veces siglos atrás, se ha pasado una mano egregia, sea una firma, sea un libro tal como lo escribió su autor, ya una orden real, ya unas líneas a unas páginas, no siempre autógrafas, que conservan la huella humana de artistas, poetas, escritores, sabios y próceres de nuestra edad o de otras, remotas, incorporadas a la tradición histórica o dignas de serlo.

En Chile tenemos dos muy diferentes, opuestas por sus tendencias y su carácter, que en campo abierto se combatirían si se enfrentaran, pero que se conocen e intercambian, a veces sin saberlo, piezas maestras, objetos únicos, joyas inapreciables, no sólo para ellos sino para el país.

No cabezamos una grave indiscreción al publicarlos. Y aunque la consideración: son bastante conocidos...

Uno es Pablo Neruda. Basta haber visitado algún día sus "residencias" (puede más de una) para maravillarse ante las maravillas que desahogadamente muestra al visitante, en las materias más diversas, naturales o artificiales, marítimas o terrestres, decorativas o modestas, procedentes de legajos puros del planeta o recogidos aquí, al lado y que ya ayo penetrante descubre, pronto a regularlos, expuesto a perderlos o indiferente a los peligros porque siempre quedarán otras cosas y también otras cosas que coleccionar, viciosamente.

El otro se llama Sergio Fernández Larrain. No le hacemos el agravio de perentorio, sería suponer mucha ignorancia del lector. Pero no estará de más revelar la "pequeña delicia", poco conocida, siendo Embajador de Chile en Madrid, donde nuestra lejana república habitaba un palacio propiamente real, morada de un Infante de España, poblada de retratos soberanos, que estaban ahí, porque pertenecían a la familia, prevenció en la Madre Patria el mismo acontecimiento que don Federico Santa María en París: la dictación de una ley especial del Parlamento, el franco para evitar que nuestro conspietista trasladara los negocios belicistas, en España, para que no pudieran seguir saliendo de la Madre Patria piezas históricas de tan alto valor como las que al Embajador de Chile se le ofrecían y que él debía aceptar, a cualquier precio.

Eso se llama un verdadero coleccionista.

Estáase dicho de que, si así se usara el sombrero, Pablo Neruda se vacilaría en quitárselo ante él y saludarlo fraternalmente, de colega a colega.

No para qué decir las conversaciones que sostendrían si empezaran a conversar.

Probablemente en ellas no reinaría una perfecta camaradería. Aparte la política, Pablo Neruda practica una filosofía epicúrea, es un sibarita, un glosó "gourmet" y "gourmet", un hombre en quien los sentidos funcionan con actividad y la imaginación se derrama "arte y orla", como una bendición, voraz, oscurera, refinada, casi religiosa. Todo lo raro le conviene y lo acumula. Sergio Fernández ha enarbolado su posición en cierto sentido: persigue los documentos históricos, quiere aproximarse al pasado hasta tocarlo y tenerlo en las

manos, procura adentrarse en el espíritu de las generaciones y ha desarrollado en ese una especie de hipersensibilidad adivinatoria, de una sensibilidad que capta las corrientes subterráneas, el agua escondida, el mineral oculto. No importa lo que descubre, favorable o adverso; le interesa el hecho real, veraz, indiscutible. Así están su placer y su trabajo.

Cuando la categoría del documento alcanza cierta limite, aunque resalta particular de la propiedad particular, Sergio Fernández reconoce los derechos colectivos y, renunciando a los suyos, se los entrega a una institución pública digna, para su debida conservación.

Así, el 18 de agosto del año pasado, después de una conferencia en el Aula Magna de la Escuela Militar "Bernardo O'Higgins", hizo entrega solemne de la famosa carta del Padre de la Patria, dirigida desde Lima a don Juan Egaña, el 26 de julio de 1820, en que le explica por primera vez los motivos de la batalla de Chacabuco. Este documento pertenecía a don Demetrio O'Higgins, hijo y heredero de don Bernardo, quien lo obsequió en 1880 a Viriato Mackenna y fue facilitada por éste para la "Corona del Heroe" que en 1912 ordenó el ex Ministro de Guerra, D. Francisco Echazure. Integra o parcialmente reproducida después por Ernesto de la Cruz, Raúl Silva Castro y otros, la carta forma ahora parte del Museo Histórico de la Escuela Militar.

En otro aniversario histórico, el del sesquicentenario de la Expedición Libertadora del Perú, el señor Fernández Larrain se desprendió de nuevas piezas de su tesoro: un busto de Candell esculpido en bronce por Virgilio Ariza cuando estaba en París; un venerable manuscrito de Arturo Prat y la bandera de la "Ovalunga" que firmó en Iquique el 21 de mayo de 1879, presenciando esa derrida que Candell vendría después con una victoria no menos gloriosa y a la que sólo le faltó para equiparar a aquella la aurea del martirio.

Fue esta asamblea del dolor sagrado y lo dedica lo que ha quedado más tarde en el agradecimiento público la figura del triunfador a la del vencido, tanto que, mientras abundan los documentos a la gloria de este, el otro no tiene todavía ninguno?

Punto de meditación para los psicólogos.

Y llegamos a un tercer aniversario y a una tercera conmemoración permitida por Sergio Fernández en la Escuela Naval "Arturo Prat".

Esta vez se trata de un combate marítimo de trascendencia mundial, un hecho de armas navales que decidió la suerte de la cristiandad y en el cual participó el creador de Don Quijote.

Se comprenderá que aludimos a la Batalla de Lepanto, librada el 7 de octubre de 1571, entre cristianos y turcos.

El ferviente hispanófilo que es Sergio Fernández, por adicción o celo de español, no podía perder la oportunidad magnífica de conmemorar, a cuatro siglos pastos de distancia, un acontecimiento del cual poseía reliquias preciosas, de tanto o más valor que una, sin embargo inapreciable, una carta original de Carlos V; un pedazo, un pequeño trazo de tela, pero indiscutiblemente auténtico y con todas sus condecoraciones, el estandarte del propio don Juan de Austria enrolado en una ocasión nada menor.

Se comprenderá la emoción con que el Embajador de Chile en España evoca ante los jefes, oficiales y cadetes de nuestra Escuela Naval, muchos de ellos tripulantes del buque escuela "Esmeralda", que antes tuvo el nombre de "Don Juan de Austria", y, dirigiéndose al que llama "Excmo. señor Embajador de la Patria de nuestra Patria", transpone las imaginaciones al día de anubris y esperanzas cuando la decisión del Papa entregó el mundo supremo de la famosa acción a un mar de verdaderos abuelos, inspirándose en el Evangelio de San Juan donde, al celebrar la Misa, leyó sobreescrito, como una voz de la alba:

— ¡Hale un hombre enviado por Dios que se llama Juan—.

Una carta autógrafa de Alejandro Farnesio, nuncio, también por vía natural, de Carlos V, y los originales de "Jesús", la crucifera semblanza, en dos tomos, del Padre Calaneo, veinte veces reeditado, una vez aquí mismo, ejemplo de biografía novelada antes que Murros popularizara el género, dejan entender que el señor Fernández no sólo constituye una autoridad en esta materia sino que le dedica un verdadero culto.

Nunca, como se ve, desatendidos y a las afueras del coleccionista si se entrega por tradición sabiduría al costoso trabajo de reunir viejos papeles donde la vibración del pasado palpita.

A través de ellos, como única verdad positiva que poseemos sobre nuestro ya profundo, el les pide una lección, recoge su enseñanza y, generosamente, la ofrece.

643094

Tres conferencias de Sergio Fernández Larraín [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tres conferencias de Sergio Fernández Larraín [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile